

La Cartuja de Santa María de las Cuevas, más allá de su consideración como edificio ha de entenderse como una pequeña ciudad encerrada en sus cercas, una ciudad análoga a la ciudad de Sevilla, al otro lado del Guadalquivir y sometida como ésta a un continuo proceso de modificación a lo largo de sus cinco siglos de existencia.

Muchos fueron los acontecimientos que se abatieron sobre la Cartuja acelerando cambios y transformaciones: el terremoto de Lisboa, la ocupación francesa..., pero sobre todo fueron los fuertes embates de río, en sus frecuentes avenidas, los que obligaron una y cien veces a su reconstrucción.

Tras la exclaustación de 1835 la Cartuja, ya en plena decadencia, pasa a manos del comerciante inglés Pickman instalando su afamada factoría de lozas.

Poco a poco, hornos y chimeneas comienzan a emerger junto a campanarios y espadañas, entremezclando sus estructuras con las existentes, transformando la mayoría de las dependencias, colmatando sus intersticios y modificando, en definitiva, el sistema de relaciones entre las viejas construcciones y los espacios exteriores.

Un entramado denso y promiscuo, caótico y laberíntico en el que las nuevas estructuras se entremezclan y superponen a los alterados fragmentos de la vieja fábrica primitiva.

Nuestra intervención se produce sobre el sector de la Cartuja que se ha dado en llamar Area Fabril, al venir caracterizada por las instalaciones industriales y la escasa presencia de construcciones religiosas: el claustro de legos con sus celdas y huertas, la procuraduría y un conjunto de construcciones destinadas a almacenes, graneros, tahonas y caballerizas.

En cuanto al valor y estado de conservación de las construcciones, obviamente presentaban un carácter muy desigual, encontrando mayor intensidad en los espacios resultantes de la yuxtaposición y superposición de ambas estructuras que en las propias construcciones consideradas de forma autónoma.

De la organización primitiva se mantenían, en bastante buen estado, los almacenes que construyen el costado a poniente así como los que constituían el granero grande, si bien éstos con fuertes modificaciones. Del conjunto del claustro de legos podría reconocerse, en el espeso entramado de albercas y cobertizos los restos de la galería porticada, junto al volumen casi irreconocible de las celdas de legos.

El proceso de intervención, por razones de urgencia y operatividad se dividió en una serie de etapas, correspondiendo a la primera de ellas la valoración y toma de decisión de las permanencias, y por consiguiente, de las demoliciones, consolidaciones provisionales y otras operaciones encaminadas a despejar la confusa estructura organizativa del conjunto.

Tras algunos titubeos iniciales acerca del programa, que afectaron a las primeras etapas de la intervención, el uso fijado definitivamente para este sector fue el del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. Un complejo constituido básicamente por cinco áreas: Talleres, laboratorios, documentación, administración y zona de recepción y exposiciones.

De la propuesta completa resta aún por construir el borde norte del conjunto (laboratorios y aulas) así como el tratamiento definitivo de los espacios exteriores que estas construcciones delimitan.

Aceptamos como base de partida la consideración del sector como agregación de piezas de distinta entidad y naturaleza, como una estructura compleja definida por su condición acumulativa y fragmentaria, producida tanto por el indiscriminado crecimiento de las instalaciones fabriles como por el resultado masivo de las demoliciones realizadas antes de nuestra intervención.

Una intervención que trataría de afirmar esta condición episódica y discontinua, buscando construir adecuadamente sus bordes, añadir nuevas edificaciones a las existentes controlando sus relaciones, escalas y proporciones, completar fragmentos, abrir nuevos espacios, mantener, en fin, la extraordinaria cualidad urbana --con los claustros, callejones y adarves-- del edificio anfitrión.

Las primeras etapas de la construcción del proyecto (que al igual que el desarrollo de las obras se fue redactando en fases sucesivas) se producen sin contar con un programa de usos. Serían los viejos edificios, o más bien sus restos, los que habrían de sugerir el camino a seguir, con el fin de proponer una arquitectura nueva que buscara sus fundamentos en la experiencia de lo existente.

Pero de igual manera que entendíamos que las nuevas intervenciones habrían de mantener un espíritu de continuidad con el pasado parecía importante, sin embargo, no sobreestimar la relación antiguo-calidad, la permanencia indiscriminada de lo viejo, y actuar con diligencia demoliendo todos aquellos elementos carentes de valor arquitectónico, constructivo o histórico, preservando sólo la arquitectura de calidad, con la voluntad de introducir una arquitectura que, libre de mimetismos formales o estilísticos, pudiera incluirse con naturalidad en el largo proceso de crecimiento y transformación de ese conjunto monumental.

Se trata por tanto de una actitud que considera que los conceptos de conservación y renovación no son conceptos encontrados, sino que, por el contrario, las preexistencias constituyen un material estimulante para el nuevo proyecto, rechazando, por tanto, aquella ideología de la conservación que mantiene una actitud fetichista hacia el pasado, impidiendo su necesaria transformación. Una transformación que, seguramente permitirá al pasado continuar vigente en el presente.

La nueva arquitectura propuesta convivirá así de forma distendida con las preexistentes, evitando hacer motivo de encuentro, o dicho de otra forma, la complacencia en la yuxtaposición. Una actitud más próxima, quizá, al establecimiento de relaciones de analogía que a la posición de contraste del moderno.

Pero a su vez, habrá de ofrecer una imagen teñida de contemporaneidad, ya que se debe a un tiempo y a unas circunstancias actuales. Su imagen renovada revelará su pertenencia al tiempo presente de la acción.

Guillermo Vázquez Consuegra  
Sevilla 1987